

pena. Hay millares y millares de cosas peores que la muerte aquí en el mundo. Y cuando hayas de infligir un castigo, inflígelo como regeneración saludable y no como tormento terrible. Sobre todo no hagas cosa ninguna con violencia. Ceden las pasiones mientras la razón dura y domina siempre. Da tiempo al tiempo. A quien la cólera emborracha, tócale cegar, dando tumbo tras tumbo é hiriéndose con todo. Delibera contigo antes de condenar y herir á los demás. El furor parece grande porque está hinchado. Y sólo es grande lo bueno. Imposible que haya un gran hombre sin ser al mismo tiempo un hombre de bien. Considera que debe aquejar una demencia incurable á quien crea puede á tí herirte y tú no puedes herirlo á él. La cólera violentísima está fuera de ti; dentro de ti la razonada. Si el mayor de los oradores, ¡ah!, sentirá escalofríos antes de hablar, piensa lo que debe sentir un magistrado verdadero antes de castigar. Modérate, Nerón, modérate.

— Todo eso está muy bien dicho, Séneca; pero todo eso es idea, no es vida; todo eso es raciocinio, no es realidad. Si te vieras á mi lado en el trono, de seguro no discurrirías con esa calma. Mi madre me hace desatinar, lo confieso. Mas cuando trabajó con tanto ahinco y fortuna para que yo imperara, debió comprender que hacía de mí un emperador, no sujeto á nadie ni á cosa ninguna inferior, puesto sobre todo y sobre todos, como están los dioses sobre su padre Saturno. Pero esto de perseguir á la pobre Acté me saca de quicio, tanto más, cuanto que Acté no me posee ahora, no, empieza otra pasión á poseerme.

— ¿De veras? — preguntó Séneca muy maravillado de tal revelación que súbitamente le sobrecogía.

— Y tan de veras. Yo no sé qué mosca picó á la buena de Acté. Lo cierto es que la han entrado unos accesos de virtud, los cuales aumentan mi estimación hacia ella, pero no mi amor. Se me presenta de algún tiempo á esta parte como diosa, y con su mirada me impone un respeto de tal suerte que no soy osado á profanarla. Gusto ahora más de oirla que de poseerla. Voy con mis sentidos muy sobreexcitados y con mis pasiones muy exaltadas á su presencia, y en cuanto la veo, su actitud recogida me adormece la naturaleza material como un verdadero narcótico y enciende y arde dentro de mí un fuego espiritual verdaderamente consuntor de

cuantas escorias en mí llevo. Agripina ignora todo esto, porque sus esbirros penetran en los hogares y no penetran en los espíritus. La transformación de Acté se halla donde nadie más que yo puede penetrar, se halla en el alma. Y por esta increíble transformación milagro-

sa, no sólo se ha vuelto casta ella, me ha pegado, respecto de ella sola, pero me ha pegado su propia castidad á mí. Voy resuelto á no escucharla y á ser con ella lo que fuera en el despertamiento de mis sentidos, un amator loco, nunca satisfecho de goces, y me domina cual un siervo, y me habla de un amor puro que genera para un cielo infinito almas desceñidas del cuerpo, y de una Virgen Madre coronada por las es-



Popea (busto del Museo del Louvre)

trellas, que ha quebrantado la cabeza de toda serpiente y convertido en mieles su veneno; del dolor, del consuelo, de la humildad, del perdón, de la esperanza, de una vida para los demás aquí, de otra vida mejor más allá, de una igualdad y de una fraternidad universal, de un Dios pródigo; y con eso me despierta una luz tan viva en el pensamiento y me adormece con un beleño tan intenso el sentido, que á veces no siento mi cuerpo y me vuelvo de mis entrevistas con ella por tal modo cambiado, que ni siquiera oso pedir un beso á sus labios.

— Extraño, extraño, extraño — murmuraba Séneca, muy asombrado de que la vida viciosa de Nerón y el alma oriental de Acté guardasen allá dentro misterios en los cuales no penetraba él y que le sorprendían aun después de haber leído todos los filósofos griegos y meditado sobre todos los problemas humanos.

Así es que daba á su monomanía de disertar una tregua, y era oídos todo él para saber qué pasaba de nuevo por el alma de su discípulo, en la cual encontraba repliegues y secretos tan hondos y múltiples que no podían sospecharse siquiera y que de súbito estallaban sin preparación y sin amago y sin anuncio que pudiese hacerlos presentir ni esperar á nadie, dada su increíble singularidad, tan provocadora de la extrañeza, cada día mayor, á medida que se convivía más con aquel extraño mozo y que se manifestaba su grande actividad y la consiguiente aplicación de esta grande actividad, hecha por él mismo á su propia vida y al romano imperio.

— Pues bien — decía Nerón, continuando en sus revelaciones á Séneca, — pues bien: mi ciega madre se ha empeñado en combatir á la pobre Acté, y no sabe que Acté ha logrado con sus miradas llenas de alma y con sus palabras henchidas de un espíritu misterioso adormecer y paralizar mis sentidos hasta el punto de haberlos casi anulado y suprimido.

— ¡Misterioso! ¡Misterioso! ¡Misterioso! — decía el metafísico ante aquellas manifestaciones del alma de Nerón que le interesaban como pueden interesar á un médico enfermedades no vistas, ni sospechadas siquiera.

— Pero mis sentidos no pueden dormir así. En cuanto me voy del lado de Acté, la naturaleza recobra sus derechos y me hierve la sangre dentro del cuerpo, y la misma retención de todo instinto voluptuoso hace que luego se levanten á una en tropel, incitándome y moviéndome al goce y al placer. Pues para satisfacer mis sentidos, la ley, la religión, el imperio no me ofrecen más que Octavia. Imagínate, Séneca, imagínate qué remedio. Mejor yacería con cualquier marmórea estatua de mis jardines.

— Lo creo — dijo Séneca por decir algo.

— Ya tengo mi predilecta, mi querida, la mujer que ha de sojuzgar mi cuerpo y satisfacer mis apetitos, como Acté sojuzga mi alma y despierta mis ideas.

— ¿Quién es?, ¿quién es?, ¿quién es? — preguntó Séneca, frotándose las manos y alejadísimo, por el sesgó que la conversación había tomado, del sermoneo consuetudinario en él cuando recordaba su ministerio de primer maestro y primer ministro del César.

— Pues Popea.

— ¡Popea!

— Sí, Popea.

— ¿La hermosa hija de aquella otra hermosa mujer á quien Mesalina mató por miedo de que Claudio la viera y llegase á caer en sus redes?

— La misma.

— ¿No estaba en matrimonio unida con Crispino, aquel caballero que ha ejercido el cargo de prefecto en las legiones?

— Casada estuvo con Crispino y hasta le dió un hijo.

— ¿Y entonces?

— Guarda. Yo he deshecho ese matrimonio.

— Ya.

— Y dispuesto á ser su esposo de verdad, sin recurrir á un divorcio de Octavia, que despertaría muchos escándalos en Roma, y sin suscitar sospecha ninguna en mi madre, que sólo combate á la pobre Acté, ignorando lo que pasa entre la persona de ésta y mi persona, sabido ya por ti mismo, y que, si llegase á saber cuanto te refiero, combatiría con una implacable crueldad á Popea.

— Y confesemos que tendría razón Agripina para ello. Acté únicamente le disputa tu corazón; Popea le disputará el trono.

— Para dar todas las sanciones posibles á mi poder y autoridad, la emperatriz no dudó un punto en unirme con la hija del emperador Claudio, que, según ella, me aportaba en la dote suya el imperio, como si el desconocimiento de los derechos del infeliz Británico necesitase algo con que cohonestar una legitimidad imposible. No quiso procurarme amante ninguna, en sus celos y en sus recelos; ahora quiere que no ame á la humilde Acté, ignorando como ya no amo á esta misteriosa criatura con el fervor sensual que le consagrara en lejanos días. En el amor no han de entrar solamente los sentidos. Hay en semejante pasión siempre algo de amistad. Pues con una patricia, que yo hubiere amado, que no me repugnara cual Octavia me repugna, que se hubiese amoldado á

mi complexión moral y material, yo viviera feliz y no en esta contrariedad horrible dentro de mi hogar y de mi lecho, la cual exacerba todos mis apetitos y no trae calma ninguna. Debo decirte una cosa horrible: dada tal situación, Agripina hubiera querido hasta ocupar el sitio de una esposa en todos los sentidos de la palabra y en todas sus consecuencias.

— No digas eso, Nerón.

— Lo digo, y además pienso decirte que tras lo dicho por Agripina respecto de Acté, tras lo mandado respecto de Octavia, tras lo hecho respecto de Británico, yo le declaro la guerra y estoy resuelto á no tener paciencia. Morirá Británico, morirá Octavia, y si es preciso, Agripina morirá también.



CAPÍTULO VI

CENAS NERONIANAS

El emperador se divertía de lo lindo en medio del disgusto que le daban su madre Agripina, su hermano Británico, su esposa Octavia, los sermones de Séneca, los versos de Lucano, la súbita castidad de Acté, los asedios á Popea, la pasión despertada en él por esta mujer, sus planes encaminados al goce de estos amores y al seguro de tal goce, las resistencias del patriciado, las murmuraciones del pueblo, los rumores de conspiración en el pretorio, los cuidados por una empresa tan vasta como la muy reflexiva de alzarse con todo el gobierno sin tener en su ejercicio ni competidor ni competencia posibles. Un objeto así, tan extenso como profundo, reclamaba en su realización todo el tiempo, y todo el pensamiento, y todo el trabajo, y toda el alma y toda la vida de quien lo intentaba; y lo emprendía Nerón sumido en la embriaguez de placeres que le absorbían á una en sus asesinas sensualidades y le paralizaban la voluntad necesaria en todo gran proyecto. Tenía, pues, que cambiar, no sólo de costumbres, sino hasta de complexión y de naturaleza. Conjurar el fantasma de la República volviendo de continuo cuanto más pretendían alejarlo;